

fensa de los diputados presos. Halló modo para hacer que se le oyese, y representó al Rey ó á su consejo que la corte de Aviñon violaba el derecho de gentes, y faltaba al decoro debido á la Magestad Real, deteniendo á dos hombres revestidos de un carácter público, y encargados de llevar cartas para el Monarca. Se escribió á favor de ellos de parte del Rey al Papa Clemente, el cual no se atrevió á hacer resistencia, antes bien mandó que pudiesen en libertad á los dos cartujos, y procuró hacerles olvidar la injuria que habian recibido, prodigándoles las demostraciones de bondad y de confianza. Al despedirlos les dijo: „asegurad al Rey que estamos dispuestos á sacrificar, no solo nuestra dignidad, sino tambien nuestra vida, porque se consiga la reunion de la Iglesia.” Es muy regular que los cartujos pensasen acerca de esta protesta lo que acreditó despues la esperiencia.

15. Fueron muy bien recibidos del Rey y de los grandes, pero sin darles ninguna respuesta por escrito, en atencion á la dificultad de calificar convenientemente á Bonifacio en aquella negociacion delicada; se les encargó que le dijese que el Rey aplaudia sus buenos sentimientos á favor de la union, y que estaba pronto á emplear todo su poder para conseguirla; y para dar una prueba auténtica de la sinceridad con que se esplicaba el Rey, se escribió á todos los Príncipes de Italia, convidándolos á que contribuyesen á la estincion del cisma. Se entregaron estas cartas á los enviados, y se nom-

braron dos cartujos franceses, uno de ellos prior en París, para que los acompañasen. Todo esto se hizo por consentimiento unanime de los Príncipes, á escepcion del duque de Berri que opinó constantemente que se desechasen todas las proposiciones de Bonifacio, como de un Anti-Papa y de un intruso manifiesto. Los cuatro cartujos llevaron la respuesta á Perusa, donde estaba este Pontífice, el cual espidió poco despues una bula dirigida al Rey Cárlos. Pero lo mismo que habia dado motivo para concebir las mayores esperanzas, las frustró inmediatamente; porque Bonifacio, no menos deseoso que Clemente de conservar la dignidad pontificia, y tratándole de verdadero Anti-Papa que habia fascinado los ojos de sus partidarios, proponia abiertamente la espulsion de este competidor. Cuando llegó la bula, se hallaba el Rey muy incomodado de su mal: por lo que la recibieron los duques de Berri y de Borgoña, y la abrieron en el consejo. Todos quedaron escandalizados al ver que el promotor aparente de la reunion no queria sacrificar la menor parte de sus intereses; y fue tal la indignacion y el desprecio que causó la bula, que no se la dió respuesta, y quedaron las cosas en el estado que tenian antes.

16. Luego que convaleció el Rey, volvió la universidad á continuar sus instancias, interrumpidas con motivo de la enfermedad por espacio de cerca de un año. La parecieron muy favorables las circunstancias, porque se acababa de ajustar con In-

20. Desde aquel día quedó Clemente dominado de un humor negro, que no pudo menos de confirmar á sus cardenales en el diferente concepto que formaron de la copia que se les habia dado de las mismas cartas. Le acometió una enfermedad que parecia no ser de cuidado, y no le obligó á quedar en cama; pero el día 16 de Setiembre del año 1394, despues de haber oido misa, tuvo un insulto de apoplejía, de que murió repentinamente apenas habia entrado en su casa. Reinó cerca de diez y seis años, en los cuales, á pesar de su dulzura, de su beneficencia, y de una magnanimidad digna de su cuna, cometió muchos yerros, siendo casi siempre la causa de ellos su pontificado dudoso y vacilante.

21. A los seis dias de la muerte de este Pontífice, llegó la noticia al Rey Carlos, el cual convocó inmediatamente consejo pleno, y de resultas escribió á los cardenales de Aviñon, pidiéndoles que suspendiesen la eleccion hasta la embajada que pensaba enviarles. El día siguiente 23 de Setiembre se juntó la universidad, opinó á favor de la dilacion, y diputó algunos doctores para que lo hiciesen presente en la corte, cuya entrada era ya mas fácil por haber variado enteramente el estado de las cosas. Fue aplaudido su modo de pensar, y se resolvió, conforme á su dictámen, reunir los preladados y los barones del reino, los sugetos que tuviesen mayor crédito en las universidades, y los diputados del estado general, á fin de deliberar sobre la situacion decisiva en que juzgaban hallarse.

Se les permitió tambien escribir á las demás universidades, y tratar de comun acuerdo sus planes y los medios de realizarlos. El Rey se aprovechó de este momento para reprender á los diputados, aunque con mucha moderacion, por haber interrumpido sus egercicios; y habiendo ellos dado palabra de continuarlos, se retiraron muy satisfechos.

22. Mientras se deliberaba así y se hacian todos estos preparativos, los cardenales de Aviñon que solo atendian á sus fines particulares, se juntaron en cónclave, en número de veinticinco, por hallarse ausentes tres de ellos. Pasados dos dias, esto es, en el 28 de Setiembre, cuando todavía no estaba cerrado el cónclave, llegó el correo que llevaba las primeras cartas del Rey Carlos, y anunciaba la embajada que debia enviarles. Estos despachos se entregaron inmediatamente al cardenal de Florencia, que era el mas antiguo de los cardenales obispos, y en calidad de tal le correspondia presidir el cónclave. Sospecharon los cardenales lo que podian contener las cartas, y porque no pareciese que faltaban á la deferencia que merecian las intenciones del Rey, recurrieron al artificio, y convinieron unanimemente en no abrirlas hasta que estuviese hecha la eleccion. No obstante, con el objeto de disminuir lo que tenia de odioso esta conducta, formaron una acta auténtica en que se obligaron con juramento á procurar, en cuanto les fuese posible, la estincion del cisma, y á proporcionar tado género de ausilios al Papa futuro para con-

seguir este fin; á lo que se obligaban todos y cada uno de ellos, en cualquier estado en que se hallasen, y por mas sacrificios que tuviesen que hacer, aun cuando se tratase de ceder el pontificado. Todo el cónclave firmó esta acta, á escepcion de los cardenales de Florencia, de Aigrefeuille y de San Marcial. Pedro de Luna suscribió con el mayor número, bien que tal vez no se hubiera sostenido la sinceridad de ellos, si hubiese llegado el caso de sujetarse á la misma prueba (1). Sin embargo, se halló un cardenal, cuyo nombre no se dice, que viendo inclinarse á su favor todos los votos, tuvo la honradéz de hacer presente que no se sentia con bastantes fuerzas para responder de sí mismo y de su fidelidad en renunciar el trono pontificio si sucedia que se le colocase en él: por lo que suplicó á sus compañeros que no le espusiesen á una tentacion superior á sus fuerzas. Al contrario, Pedro de Luna manifestó que no le detenia esta dificultad, y que estaria siempre pronto á renunciar el pontificado. Tambien logró dejar escludido al procurador de la gran cartuja, diciendo que todas aquellas virtudes rígidas adquiridas en la soledad, no servian de otra cosa que de hacer á los hombres indóciles, obstinados en sus opiniones y escrupulosos, resultando de estas disposiciones unos males gravísimos. Por fin, anduvo tan solícito, y fueron tales sus intrigas, que quedó electo Papa con unanimidad de votos en el mismo dia en

(1) *Du Chatent. p. 107.*

que el sacro colegio habia recibido la carta del Rey, esto es, el 28 de Setiembre del año 1394. En aquel mismo dia tomó el nombre de Benedicto XIII; fue ordenado de sacerdote á 3 de Octubre, y el domingo 11 del propio mes recibió la consagracion episcopal, y fue coronado inmediatamente despues.

93. Ó la tiara mudó prodigiosamente el ánimo de Pedro de Luna, ó Pedro de Luna fue antes de obtenerla un prodigio de disimulacion y supercheria. Se le tenia en el sacro colegio por el hombre mas amante de la union, y por esto los cardenales le eligieron unánimemente y con tanta prisa que no estuvieron en cónclave mas que un dia entero. Muchas veces se le habia oido vituperar la conducta del Papa Clemente en este punto; se habia esplicado con libertad acerca de ella en presencia de los Príncipes, de los prelados y del pueblo mismo, en los sermones y discursos que les dirigia, y aun habia dado á entender en todos tiempos al Rey y á la universidad que si algun dia llegase á suceder á Clemente, estaba en ánimo de hacer los mayores sacrificios por reunir á todos los fieles bajo un mismo Pastor. No obstante, podia acordarse la universidad de las tramas que el cardenal de Aragon ó Pedro de Luna habia urdido poco antes con el duque de Berri, para eludir en la corte el celo de los doctores, é impedir que se les diese audiencia, lo que daba justo motivo para mirar sus protestas como sospechosas, y aun determinó á estos

glaterra una tregua de quatro años. Pero Clemente que atendia á todo, envió á Francia en calidad de legado al cardenal Pedro de Luna, para que frustrase secretamente el celo de los doctores. Tenia el legado á su favor al duque de Berri, presidente del consejo como primer Príncipe de la sangre, y mas apasionado que nunca por Clemente, el cual no le negaba nada de cuanto le pedia.

17. Por otra parte la universidad estaba sostenida por el duque de Borgoña, político hábil y bien intencionado con respecto á la union; y obtuvo audiencia y permiso para proponer los medios que juzgaba á propósito relativamente á la estincion del cisma. El resultado de la junta que se tuvo á consecuencia de esta propuesta, fue que cada doctor espusiese sus ideas en un escrito particular; que se colocase una caja ó cepo en el claustro de los maturinos para poner allí estos escritos, y que los examinasen y extractasen cincuenta y cuatro comisionados. Todo se egecutó puntualmente, y se halló que aquel gran número de dictámenes, muy variados en la forma y en los pormenores, se reducian en substancia á la cesion ó renuncia de los dos competidores: al compromiso, que consistia en confiar los derechos de uno y otro á árbitros que fuesen dueños absolutos de sentenciar difinitivamente; y en fin al concilio general. Se resolvió despues que estos tres medios se presentasen al Rey en forma de carta, y se dió á Nicolás Clemangis el encargo de escribirla.

18. Clemangis ó Clamangis, llamado así por haber nacido en la aldea de Clamange en Champaña, era discípulo del célebre Gerson, á quien no igualó en la doctrina, pero le aventajó en las bellas letras. Él fue quien renovó este género de estudio, abandonado por espacio de tantos años, restableciendo en su nacion el estilo de los antiguos, y desmintiendo lo que habia dicho el Petrarca, que fuera de Italia no se hallaban poetas ni oradores. Sin embargo, no acertó á preservarse del gusto general de su tiempo al énfasis y á los lugares comunes, ni de la declamacion á que le inclinaba su genio satírico.

Encargado de elevar al trono las ideas y pensamientos de sus compañeros los doctores, espone <sup>(1)</sup>, despues de un exordio tomado del mismo asunto, esto es, de los males cuyo remedio se buscaba, los tres medios indicados para conseguir la union, y se decide á favor de la cesion prefiriéndola á la lentitud y complicaciones del arbitramento y del concilio. Funda sus proposiciones con solidéz, á escepcion de algunos rasgos exagerados que son efecto de su natural vehemencia; y concluye generalmente, que si uno de los competidores, ó ambos á dos se niegan á seguir el camino que se les señala, sin elegir otro que sea tan útil y seguro, es necesario condenarlos como cismáticos obstinados, y como mercenarios indignos que sacrifican la Iglesia para saciar su codicia. „No conviene, dice,

(1) *Spicil. t. 6. p. 81.*

dejarles ninguna parte del gobierno eclesiástico, y es preciso despojarlos de todos los bienes y honores que son el único objeto de sus deseos. Ya no son pastores, ni aun ovejas, sino lobos rapaces que merecen la execración pública y los castigos que están reservados para los enemigos mas crueles del rebaño de Jesucristo."

Cita despues el juicio de Salomon y le aplica ingeniosamente á su asunto. „A vos que sois el mas sábio de los Reyes, dice, dirigiendo la palabra á Carlos VI, á vos os corresponde en calidad de tal y como Rey cristianísimo, dar fin á los sobresaltos y al desconsuelo de la madre comun de los fieles. Entre las dos mugeres que altercaban por la posesion de un mismo niño, decidió Salomon que la que consentia en verle dividido en dos pedazos, no era su madre, y que debia adjudicarse á la que queria cederle con tal que se conservase ileso. En vista de este juicio que será eternamente memorable, está ya juzgada la causa presente. ¿Quién podrá dudar, despues de una prenda tan segura, que será el verdadero Pontífice aquel que se muestra pronto á ceder su sangre, y á sacrificar en caso necesario su propia vida por restituir á la Iglesia su upidad, su tranquilidad, su poder y todo su esplendor antiguo?"

„Considerad por algunos momentos cuanto padece á causa del espíritu de discordia y faccion. ¿Qué cosa era mas augusta y mas floreciente que la Iglesia antes del cisma? Pero despues de esta triste di-

vision, ¡cuántos son los desórdenes y calamidades! Se confieren las prelacias á unos hombres que no tienen ningun sentimiento de religion ni ningun principio de virtud y de honradéz, á unos hombres que atienden unicamente á saciar su codicia y satisfacer á las demás pasiones que los dominan. Estos son los que despojan las iglesias y monasterios, los que exigen por medio de censuras y de prisiones, y los que se valen de egecutores inhumanos para cobrar las contribuciones con que oprimen á los clérigos. Lo sagrado y lo profano, todo les es indiferente, con tal que llenen de oro sus cofres. Por todas partes se ven sacerdotes reducidos á la mendicidad ó á las ocupaciones mas indecentes. Se venden en muchos parages las cruces, los relicarios, los cálices y todos los vasos sagrados, por poco que sea su valor, quedando los altares sin ornamentos y arruinándose los templos."

„¿Hablaré de la simonía, que dispone sin vergüenza de los beneficios mas pingües, dando la preferencia á los que tienen aneja la cura de almas? Sin hacer nada, hay una absoluta seguridad de conseguirlo todo con dinero: de nada sirve el mérito y el trabajo, antes bien no se necesita otra cosa para merecer el ódio de este monstruo. Quanto mas doctos y virtuosos son los clérigos, tanto mas los aborrece, porque le condenan con mas libertad, y tienen mejor disposicion para desacreditarle. Pero lo sumo del desorden es haber llegado á vender los sacramentos del orden y de la penitencia, abrien-

do ó cerrando por dinero, no solo la entrada del santuario, sino tambien la puerta del cielo. ¿Que diremos en fin de la decadencia del culto, de la disciplina y de las antiguas costumbres del cristianismo tan olvidadas en la actualidad, que si resuscitasen los padres y pastores de los tiempos primitivos, les seria dificil creer que esta Iglesia era la misma que gobernaron ellos?"

Esta carta que estaba escrita en latin segun la costumbre de la universidad, se leyó toda en presencia del Rey, el cual manifestó que le habia agrado mucho: mandó que se tradujese al francés para examinarla despacio, y señaló dia á los diputados para darles la respuesta; pero en este intervalo se dieron tan buena maña el cardenal de Luna y el duque de Berri, que variaron enteramente las disposiciones de la corte. Habiendo llegado el dia de la respuesta, dijo con sequedad el canceller Arnaldo de Corbie á los doctores diputados, que el Rey no queria que se le volviese á hablar de aquel asunto, y les prohibia recibir ninguna carta relativa á él sin llevársela antes de abrirla. Despues de algunas instancias inútiles, interrumpió segunda vez la universidad sus lecciones, los sermones que se predicaban en ella y los demás egercicios de su ministerio.

19. Entretanto recibió cartas de la universidad de Colonia, la cual aplaudia su celo por la estincion del cisma, y la suplicaba que la comunicase sus ideas acerca de este objeto. Iguales cartas la

dirigió el Rey de Aragon, y el cardenal de Alenzon que estaba en Roma. Ya sea que estos movimientos de los países estrangeros hubiesen hecho variar el sistema de la corte de Francia, ó que los Príncipes contrarios al duque de Berri hubiesen desbaratado los proyectos del partido opuesto, permitió el Rey que se enviase á Aviñon la carta que le habian presentado los doctores de París: á la que añadieron otra menos larga, pero mas enérgica, en que decian, entre otras cosas: „ha llegado á tal extremo el espíritu de cisma, que se publica por todas partes que es indiferente reconocer un solo Papa ó muchos, y que puede haber no solo dos ó tres, sino diez ó doce, á proporcion del número de las naciones mas considerables, y todos ellos iguales en la autoridad." Recibió Clemente estas cartas en presencia de muchas personas de su corte (1); y queriendo leerlas por sí mismo, las abrió con bastante serenidad; pero no pudo continuar hasta el fin sin manifestar su desagrado. Viendo los tres únicos medios que se proponian para la reunion, esto es, la cesion, el compromiso y la decision del concilio general, se levantó y dijo con indignacion: „estos escritos están arrojando veneno por todas partes, y no tienen mas objeto que infamar la santa Sede." No dió otra respuesta, y temiendo los que habian llevado las cartas que se cometiese algun atentado contra sus personas, se retiraron con precipitacion.

(1) *Vit. Pap. t. 1. p. 536.*